

PRESENTACIÓN

Orar es hablar con Dios. Toda persona está llamada a orar: «Conviene orar perseverantemente y no desfallecer» (Lucas 18, 1). En la tradición cristiana hay tres expresiones mayores de la oración: la oración vocal, la meditación y la oración contemplativa¹. Todas pueden ser medio de enriquecimiento de nuestra relación con Dios.

La oración vocal, la que se expresa mediante fórmulas o palabras establecidas (los salmos, el padrenuestro, el avemaría, etc.), «es un elemento indispensable de la vida cristiana»¹; nuestra naturaleza, en efecto, hecha de cuerpo y espíritu, nos inclina a asociar los sentidos a la oración interior, y «experimentamos la necesidad de traducir exteriormente nuestros sentimientos. Es necesario rezar con todo nuestro ser para dar a nuestra súplica todo el poder posible» (*ib.*). La «expresión corporal es signo del homenaje perfecto al que Dios tiene derecho» (*ib.*).

La Iglesia ha expresado y expresará siempre su oración mediante los Salmos, ese libro poético del Antiguo Testamento que fue cauce de la oración del mismo Jesucristo y de su Madre, y de tantas personas a lo largo de todos los tiempos.

Si quien reza es la persona entera, pienso que al orar deberíamos prestar atención al mandato de la *shemá*², adaptándolo: y, en lo que nos sea posible, aplicarnos al rezo «con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas». Es la persona, en su integridad, en cuerpo y alma, quien ora. Es

1 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2721.

2 «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Marcos 12, 30).

la totalidad de cada ser humano la que está en juego al orar: sentidos, emociones, intelecto, voluntad.

Las emociones –llámense afectos, sentimientos, corazón–, por siglos preteridas o infravaloradas, tienen una parte importante en nuestra vida, y no sería normal que estuvieran del todo ausentes en nuestra oración. No se trata de una concesión al sentimentalismo imperante. «El corazón conviene que esté en todas nuestras acciones. Si no, no seríamos humanos. Pero no conviene que mande: ha de gobernar la cabeza, con la luz de la gracia y la ayuda de la razón», afirmaba san Josemaría Escrivá. Y añadía que hemos de tratar a Dios y a las personas «no solo con el corazón, pero siempre con el corazón».

Y es aquí donde la expresión poética puede venir en nuestro auxilio. En efecto, la poesía, en cuanto despliegue de todas las potencialidades que ofrecen el lenguaje y las lenguas, es máximamente apta para expresar con plenitud las ricas experiencias orantes, de una tensión que raya lo inefable. Ahí están, como ya dije, los Salmos y demás libros poéticos de la Sagrada Escritura. Y ahí están también los supremos exponentes de nuestra poesía de todos los tiempos, empezando por san Juan de la Cruz, «el más poeta de los santos todos... / y el más santo de todos los poetas...» (Manuel Machado). No resulta, pues, extraño «el parentesco, según algunos tan cercano, de plegaria y poesía, de mística y lirismo, [...] donde la palabra lucha titánicamente con lo inefable» (Pedro Salinas). Y esa tensión del lenguaje poético nos sacude la posible rutina, «cambia nuestro modo de habitar el mundo. De la poesía recibimos un nuevo modo de estar en el mundo, de orientarnos en este mundo» (Paul Ricoeur). La expresión poética, si de verdad lo es, siempre dice algo

nuevo sobre la realidad. Quienes han expresado con tino sus vivencias religiosas amplían nuestros horizontes, ensanchan nuestros conocimientos y experiencias.

La literatura en lengua española, en ambas orillas del Atlántico, es particularmente rica en poesías que expresan el grito hondo o el suspiro tenue que sale del corazón humano y se eleva al cielo, para adorar, para agradecer, para implorar perdón, para alabar, para pedir. Y esos poemas, a diferencia del lenguaje –a veces en exceso abstracto– de las exposiciones doctrinales, pueden proporcionar el complemento de «encarnación» propio de la poesía, tan adecuado a la condición humana. Y pueden ser también cauce de nuestro hablar con Dios. Eso es precisamente lo que pretende esta antología. Su lectura detenida, o su meditación, además de ser una ayuda para el coloquio íntimo, de tú a tú, con Dios, permite comprobar cómo en la gran poesía de todos los tiempos pueden darse cita Verdad, Bondad y Belleza; y cómo la poesía –naturalmente, solo la grande, la excelente– es una de las artes que menos amarillean (Adam Zagajewski).

Rezar es, ciertamente, valga insistir, hablar con Dios. Pero ocurre a menudo que la etimología del verbo español *rezar* (= recitar) se sobrepone al concepto de *hablar*, y lo deja vacío de contenido: en vez de hablar con alguien, el orante se puede convertir en un monologuista que repite fórmulas frías o convencionales.

Dada la finalidad de este libro, el criterio determinante de la selección de textos ha sido el de que cada poema sea expresión de la plegaria personal del autor, en primera persona, dirigida a un *Tú*.

Aun no cumpliendo a veces, en sentido estricto, ese criterio, me ha parecido oportuno recoger algunos poemas y algunas traducciones literarias de secuencias o himnos clásicos compuestos originariamente en latín, de gran tradición en la liturgia de la Iglesia: *Pange, lingua; Veni, Creator; Crux fidelis; Ave, maris stella; Stabat Mater*; entre otros.

Por el carácter no erudito, sino práctico, de esta colección de textos, he modernizado el aspecto gráfico y modificado a veces la puntuación en busca de la comprensión y, en la medida de lo oportuno, de la uniformidad. Cuando lo he juzgado conveniente, he añadido en nota la explicación de alguna palabra anticuada.

La agrupación en capítulos es meramente orientadora, ya que muchos poemas podrían también figurar bajo otros epígrafes. El índice temático final, así como el de primeros versos, pueden ayudar al lector a seguir el itinerario que más le interese.

Deseo expresar mi agradecimiento a quienes, de diversas maneras, me han ayudado en la elaboración y selección del material que ofrezco, especialmente a los profesores Fernando González Ollé, Ángel Raimundo Fernández González (†) y Miguel d'Ors; también a Leonor Ferrero, a Joaquín Esparza y a Borja de León.

Sin la acogida magnánima de Juan Kindelán, presidente de Ediciones Cristiandad y amigo de tiempos remotos, no habría sido posible que esta obra viera la luz.

Dios quiera que estos poemas-oraciones contribuyan a hacer, con la gracia del Espíritu, más rica y honda la oración de quienes se los apropien.

Manuel Casado

Pamplona, 25 de julio de 2017